

MORTIS IMPERIUM

ALESSANDRO
ROMANO
LA
BESTIA



ELIZABETH SEA

Matchstories

Alessandro Romano.
La Bestia

Elizabeth Sea

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Elizabeth Sea, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© de las ilustraciones de las páginas 50, 349, 396, 399 y 432: Claudia Medina Hernández

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-08-30736-5

Depósito legal: B. 11.805-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Capítulo 1



La Bestia

El vidrio de este ventanal es lo suficientemente grueso y opaco como para que nadie pueda verme al otro lado, pero yo lo veo todo. Desde mi oficina, observo el desfile de almas perdidas. Gente que baila borracha, drogada, dejándose llevar por la decadencia. Este club es mi templo, y yo soy su maldito dios. Aquí es a donde los hombres vienen a pecar; a olvidar que, fuera de estas paredes, sus vidas son miserables. No me importa lo que hagan, lo único que me interesa es que pasen por caja. Aquí, cada vicio tiene un precio, y me encargo de que lo paguen, hasta el último centavo.

Cruzo la estancia y compruebo a través de la enorme ventana que las luces parpadean más allá del Mirage, pero, para mí, no son más que un telón de fondo insignificante. Mis ojos se mantienen fijos en el horizonte. Desde aquí, domino la ciudad. A mis pies tengo el imperio que he construido y esta noche lo defenderé, la traición va a recibir su castigo.

La puerta de la oficina se abre sin hacer ruido. Paolo entra, arrastrando a Giacomo, mi contable, y a Marisa, la mujer que pensó que acostarse con él la hacía intocable. Ambos caen de rodillas frente a mí. Él intenta reunir el valor suficiente para hablar, pero el miedo lo consume; puedo verlo temblar mien-

tras balbucea cosas sin sentido. Su aspecto dista completamente de lo que exijo en mis empleados: está desaliñado y tiene el pelo sucio, pegado a su frente sudorosa; el traje está lleno de manchas de algo que parece salsa de tomate y lleva la camisa arrugada, con los faldones saliendo de sus pantalones, dejando a la vista su abultado y peludo vientre. Es asqueroso.

Sé perfectamente que el terror se ha adueñado de él, también sé que tratará de hacerme creer que no sabía lo que hacía; con los traidores es la misma mierda de siempre. Tiene las pupilas dilatadas, va puesto de Aurum, estoy seguro. Esa es otra de las cosas que no les permito a mis trabajadores; si quieren una chuche, que salga de su jodido bolsillo, no del mío.

Los miro en silencio, porque no necesito decir nada para que sepan lo que está a punto de pasar: todos saben que si la Bestia aparece es porque ha llegado su fin. Me levanto con calma, como un depredador que disfruta del pánico de su presa (porque, no nos engañemos, disfruto de cada instante), y cruzo el espacio que nos separa hasta dejarme caer, apoyándome en la mesa de madera de nogal que preside mi despacho.

—He tenido que coger un vuelo solo para poner orden en mi propia casa, y eso me desquicia. Ahora quiero que seas del todo sincero, porque te recuerdo que yo lo sé todo y si hay algo que me cabrea de verdad es que me mientan en mi propia cara. ¿Cuánto tiempo hace que me estás robando?

Giacomo me mira y traga en seco, una gota de sudor resbala desde su sien hasta colarse por el cuello de su mugrienta camisa.

—Yo, eeh, verás, tío...

—No soy tu puto colega. —Lo agarro del pescuezo y aprieto hasta detectar como los ojos se le hinchan dentro de las órbitas, veo los capilares reventándose; el muy imbécil boquea como un pez cuando lo suelto.

—Perdóname. —Sigue tosiendo mientras yo espero mi res-

puesta—. Esto, yo, quizá tres meses, pero, entiéndeme, tú eres el amo de esta ciudad y de muchas otras, eres el *don*,* seguro que tienes mucho más, yo solo he cogido un poco... Ya sabes, un aumento de sueldo, he tenido iniciativa, a ti te gusta eso.

—Tú no decides cuándo debes subirte el sueldo, tú no te entrometes en mis asuntos y mucho menos en lo que tengo o dejo de tener. He matado a hombres por mucho menos de lo que tú me has hecho.

Con un simple gesto, le indico a Paolo que los lleve a la sala de tortura, al otro lado de la pared. Allí, en ese lugar insonorizado, solo existen el dolor, el miedo y la justicia que yo impongo a mi antojo, o en ocasiones Giovanni Galli, el que se encarga del trabajo sucio cuando yo no estoy de humor.

Giacomo acaba atado a una silla, de cara a Marisa. Ella respira entrecortadamente, ahogada por las lágrimas, sabiendo sin duda lo que viene, pero es incapaz de apartar la vista de su amante. Tiene una pinta horrible: su pelo rubio está hecho un nido, seco, despeinado y sin vida; la máscara de pestañas le ha llenado el rostro de manchurroneos negros, entremezclándose con el rubor y la base de maquillaje que llevaba, por no hablar de su boca, pues el pintalabios rojo putón que usaba se le ha corrido. Es la imagen exacta de una mujer rota; me recuerda a las putas que ejercen su profesión en cualquier callejón. Se resiste a imaginar el horror que está a punto de presenciar.

Me acerco poco a poco a la mesa de acero donde tengo listos todos mis juguetes favoritos y cojo el puño americano. El frío metal encaja a la perfección entre mis dedos, como si fuera una extensión de mi propio cuerpo. Cierro los ojos por un instante, recordando las veces que esta pieza y yo hemos roto los huesos a nuestros enemigos. Camino hacia Giacomo, que si-

* El *don*, en italiano, o el *boss*, en inglés, es el mandamás de la familia. Encargado de tomar todas las decisiones sobre los asuntos de esta, tiene completo poder sobre ella.

gue evitando mi mirada, temblando como un animal en el matadero. El hedor de su orina me llega y arrugo la nariz con asco.

—Te has meado encima, eres una jodida rata de cloaca sin huevos —le suelto, y luego me vuelvo hacia Marisa, que llora en silencio—. ¿Y tú de verdad creíste que este tipo te iba a defender? Qué estúpida. —Dirijo la atención a Giacomo, que tiembla con más intensidad al notar mi mirada—. ¿En serio pensaste que podrías robarme y salir impune? ¿Pensaste que no me enteraría? —Mi voz, en tono bajo, suena fría, como el filo de una navaja.

—*Don*, por-por...

No espero respuesta. El primer golpe impacta brutalmente en su mandíbula, y el crujido del hueso rompiéndose resuena en la sala, sacándome una sonrisa. El grito sofocado de Giacomo queda atrapado en su garganta mientras se estremece en la silla. No me detengo. El segundo golpe le hunde el estómago, y el aire escapa de sus pulmones en un jadeo entrecortado. Sangra, pero eso no es suficiente.

—Te-te lo suplico, *don*.

Sus lloros me cabrean más aún.

Dejo caer el puño americano ensangrentado sobre la mesa y agarro un cuchillo afilado. La hoja brilla bajo la luz. Me agacho frente a él, forzándolo a levantar la vista.

—Esto es lo que pasa cuando alguien se cree más listo que yo —le murmuro hundiendo el cuchillo en su mano.

—No sabía, fue un error...

El grito que se le escapa es desgarrador, pero sigo, sin detenerme. Giro y retuerzo el cuchillo despacio, rasgando carne y hueso, calculando cada movimiento para infligir el máximo dolor. La sangre mana de la herida a borbotones y enseguida llena el suelo; doy unos pasos atrás, no quiero que se me manchen los zapatos hechos a medida.

Marisa me observa, temblando sin control. Sabe que será la

siguiente. Cuando Giacomo ya no puede gritar, saco la Glock y le disparo en la cabeza. Después me acerco a ella, con calma, como si fuera a invitarla a tomar un café. Me inclino, dejando que mi sombra caiga sobre su cuerpo, y observo el miedo en sus ojos marrones, que me miran suplicando en silencio, vacíos y sin esperanza.

—Y tú, ¿creías que estar con él te protegería? La próxima vez folla con un verdadero pez gordo, esa basura no podría haberte protegido ni aunque quisiera, le faltaban pelotas..., pero, claro, no habrá una próxima vez para ti —le susurro mientras con la punta del cuchillo acaricio su pálido rostro.

No espera misericordia, y yo no se la doy. Con precisión, hundo el filo en su abdomen. Su grito es desesperado, un sonido crudo que resuena entre estas paredes. Marisa se retuerce en la silla, inmovilizada, mientras la vida se le escapa despacio y sus ojos lloran sin parar. Presencio la escena sin emoción, como un mero espectador, dejando que el cuchillo permanezca allí mientras la sangre empapa su vestido. No hay satisfacción, ni remordimientos. Solo el cumplimiento de la justicia que yo dicto en este mundo. Cuando ambos cuerpos quedan inertes, saco y limpio el cuchillo y se lo paso a Paolo, quien aguarda mis órdenes sin soltar palabra.

—Que los cuelguen a la vista de todos. Que sepan lo que pasa cuando alguien me traiciona. Márcalos con el sello de los Lupi y asegúrate de que no se me relacione con esto.

Paolo asiente, al tiempo que comienza a arrastrar los cuerpos sin vida fuera de la sala. Me quedo un momento más, contemplando las manchas densas y rojas del suelo. Es un recordatorio de que, en mi reino, la traición se paga con sangre. No hay súplicas que valgan; si la cagas..., mueres.

Salgo de la habitación y me acerco a mi baño privado. Necesito quitarme la sangre de las manos. Me miro en el espejo: ni un solo cabello fuera de su sitio, ni una sola emoción refleja-

da en mi mirada. Ese es mi verdadero poder. Detecto una gota roja en el puño de mi camisa blanca. No soporto ni la suciedad ni el desorden; me encantan el control, la perfección, la limpieza. Para un hombre con mi pasado, vivir en la mierda no es una opción.

Abro el pequeño armario, cojo una camisa limpia, me quito la que llevo y la tiro a la basura. Me abrocho la nueva prenda y estoy ajustándome la chaqueta cuando el sonido del teléfono interrumpe el silencio. Miro la pantalla: es Salvatore Rizzo, mi *sottocapo*.*

—Salvatore.

—Tienes que volver a Nueva York lo antes posible, *don*. Nos han vendido, esto es un puto desastre. Un equipo SWAT ha entrado en el Sin & Silk mientras descargábamos Aurum. Tranquilo, la mercancía está a salvo..., pero se han llevado por delante a Carla.

La ira recorre mis venas. Una de mis ovejas se ha descarriado y ha traicionado al rebaño, y ahora todos van a pagar por ello. Desembolso una fortuna para que las fuerzas de la ley y del orden no interfieran en mis asuntos, y no se me ha advertido de este golpe. Aprieto los dientes, mis informantes van a tener que dar muchas explicaciones.

—Salgo para allá. No mováis ni una silla sin que yo lo supervise todo.

—Como ordenes, *don*.

Cuelgo y, sin pensarlo dos veces, aprieto el puño y lo estrello contra el espejo. La superficie se hace añicos, cayendo en pedazos a mis pies, mientras la sangre brota de los nuevos cortes en mis nudillos. Carla Barone..., mi prometida..., pero no os confundáis: no es su pérdida lo que me enfurece. Esa mujer no

* Palabra italiana que puede traducirse como «subjefe». En el contexto de la mafia siciliana y otras organizaciones criminales, el *sottocapo* (*underboss* en inglés) es el segundo al mando después del jefe.

significaba nada para mí, solo representaba una moneda de cambio, un acuerdo con la Casa Barone. Su muerte me complica un poco las cosas, pero nada que no pueda resolver con un par de balas extra. Cojo el teléfono y marco el número de Paolo.

—Te espero en quince minutos en la pista. Problemas en Nueva York.

—No tardo, hermano.

Sé que no lo hará. Paolo Bianchi, mi amigo, mi *consigliere*,* mi hermano de armas. Nos criamos juntos, nos entrenaron juntos, y le debo la vida. Por eso es mi mano derecha, la voz de mi conciencia, el único al que escucho cuando la situación se complica. Cuelgo y me miro en el espejo roto.

VEINTICUATRO AÑOS ATRÁS

El hambre tiene un sonido característico. No es solo el gruñido bajo que se retuerce en el estómago vacío. Es el de las ratas royendo la basura. Es el de los harapientos rebuscando entre los cubos mientras arrastran los pies por la grava. Es el crujido de una barra de pan cuando le arrancas un pedazo con los dientes después de días sin probar bocado. Es el sonido de la desesperación.

Al principio, cuando Vincenzo me llevó a su casa en Positano creí que el hambre se acabaría. Fui un idiota. Nada se acaba. Solo cambia de forma. De pronto tenía comida al alcance, sí, pero también debía aprender a luchar por ella, y esa fue la lección inicial que me enseñaron. Paolo y yo teníamos algo más de ocho años cuando nos hicieron pelear por primera vez.

* Palabra italiana que significa «consejero» o «asesor». Su función dentro de la mafia es aconsejar al *don*.

Yo acababa de llegar. Paolo ya estaba allí. Nos tiraron al suelo de cemento, dentro de lo que llamaban «la jaula», aunque no había barrotes. Solo era un círculo dibujado con tiza blanca y un grupo de hombres observando con los brazos cruzados. Vincenzo estaba entre ellos, fumando uno de sus puros. A su derecha, uno de sus hombres sostuvo un plato con un trozo de carne y pan. Un solo plato.

—El que quede en pie, come —anunció Vincenzo con su voz rasposa—. El otro verá cómo se lo quitan.

Nos miramos. Paolo tenía la cara sucia y el cabello enmarañado. Sus ojos eran de un azul oscuro, inteligentes pero vacíos, como los de un animal callejero que ya ha vivido demasiado; yo no era mejor. No dijimos nada. No preguntamos por qué. Solo nos lanzamos el uno contra el otro. Los golpes carecían de técnica. No teníamos fuerza, ni entrenamiento. Solo hambre y deseo de sobrevivir. Paolo me derribó primero, su cabeza chocó contra la mía y vi chispas de luz en la oscuridad, pero me revolví y le mordí el brazo con todas mis fuerzas. Él gritó y me golpeó la cara, partiéndome la nariz. La sangre me llenó la boca. Sabía metálica. Sabía amarga. Sabía a hogar.

Rodamos por el suelo, arañándonos, pateándonos, hundiendo los puños en cualquier parte del otro que encontráramos. No éramos niños. Éramos dos perros de la calle peleando por un hueso y ellos nos observaban. Vincenzo no apartaba la vista, ni siquiera parpadeaba, y los otros tipos sonreían, apostaban entre ellos, bebiendo como si fuera un entretenimiento cualquiera, como si nuestra existencia no significara nada. No sé cuánto tiempo pasó. Solo sé que, en algún momento, me monté sobre Paolo y empecé a golpearlo sin parar.

Una.

Dos.

Tres.

Mi pequeño puño destrozó su rostro hasta que sus ojos se

cerraron y su cuerpo se quedó inerte. No estaba muerto, pero ya no podía moverse. Mi respiración era un jadeo salvaje. No sentía los nudillos, no sentía la cara. Solo sentía hambre. Me puse de pie tambaleándome y miré a Vincenzo. Él sonrió, como si acabara de enseñarme algo valioso.

—Come —dijo señalando el plato.

Me acerqué y lo cogí con las manos destrozadas y temblorosas. Olía a cielo. Miré a Paolo, tirado en el suelo, con el rostro hinchado, cubierto de sangre y polvo. No sé por qué lo hice, pero me arrodillé y le pasé el pan. No me miró. Solo lo pilló y comió. Por primera vez, Vincenzo pareció sorprendido; no dijo nada, solo se rio entre dientes y se giró para largarse.

—Bien. No sois unos inútiles. Aprenderéis.

Nos dejó ahí, en el suelo, comiendo desesperados con las manos, sin soltar una sola palabra más. Esa noche entendí dos cosas:

1. Que nunca más iba a sentir hambre.
2. Que Paolo y yo íbamos a ser hermanos de sangre.

Nos habían arrancado de la calle. Nos habían metido en la jaula. Nos habían obligado a pelear como bestias, y lo único que hicimos fue aprender a rugir más fuerte.

ACTUALIDAD

La sangre de mis nudillos gotea sobre los fragmentos de espejo del suelo. Me limpio la mano y me la envuelvo en un trapo mientras salgo del baño pensando en lo que me espera en Nueva York. Cada minuto que transcurra, cada paso que dé, me acercará un poco más a la venganza.

La pista de vuelo está desierta y envuelta en las sombras de la madrugada. El *jet* negro me espera, listo para llevarme a mi centro de operación a este lado del Atlántico. Paolo ya está

aquí, apoyado junto a la escalerilla. Su chaqueta apenas se mueve con el viento, y su rostro refleja tanta frialdad como el mío. Subo a bordo sin decir una palabra. El interior me recibe tal y como me gusta: oscuro, sobrio, hecho a mi medida. Todo en este avión, hasta el último tornillo, está diseñado para reflejar lo que exijo de mi mundo: control, orden y perfección absoluta.

Paolo se sienta frente a mí y, mientras despegamos, veo que mantiene la vista fija. No necesita decir nada, y yo tampoco. Nos entendemos de maravilla, demasiado tal vez. El silencio entre nosotros no es incómodo; es práctico. Él sabe tan bien como yo que esta noche no es diferente de las otras en las que hemos salido a cazar, y no tengo que explicarle lo que vamos a hacer.

En cuanto aterrizamos en Nueva York, el coche blindado ya está ahí, esperándonos a pie de pista. Paolo se sienta al volante y, tan pronto como me acomodo a su lado, nos dirigimos al club, seguidos por los guardaespaldas. Mis órdenes han sido claras, y no me molesto en repetirlas. Mi casa ha sido profanada y alguien va a tener que pagar por eso. La ira se arremolina dentro de mí, y cada kilómetro que recorremos aviva las llamas. Alguien ha cruzado la línea, y voy a encargarme de que se arrepienta.

Al llegar al club, la escena es un auténtico infierno. El recinto está rodeado de policía, parece que esperan a los forenses para levantar los cadáveres. Aunque ya no hay rastro de los SWAT, el appestoso aroma a pólvora y sangre lo llena todo. Los muertos manchan el suelo que me pertenece, restos de una batalla que alguien ha osado llevar a mi casa. Camino entre los cuerpos esparcidos, indiferente. No me importan estos desgraciados; son daños colaterales. Mi objetivo es mucho más claro.

Entonces la veo: Carla, la preciosa pero demasiado impulsiva princesita de los Barone tendida en medio de mi club, con

su vestido plateado hecho jirones y empapado en sangre. Tres disparos la atraviesan, sellando el final de un acuerdo conveniente. Su cuerpo inerte me provoca apenas un destello de irritación. No hay amor, nunca lo hubo. Esto fue un contrato, una alianza que ahora ha sido pisoteada.

Salvatore se acerca y mis ojos se encuentran con los suyos. Pisotea cristales rotos y esquiva muebles caídos, pero su atención no se desvía. La mía tampoco.

—Encuentra al responsable —le ordeno, con la voz más helada que el mismo acero—. Quiero saber quién está detrás de esta misión: quién la ha ordenado y quién la ha ejecutado. Cuando lo sepas, haz que lo vigilen. Quiero saberlo todo sobre él. Ese bastardo va a saber lo que pasa cuando alguien toca lo que es mío.

Salvatore asiente. Sabe lo que significan mis palabras. La caza ha comenzado, y la justicia que imparto siempre llega, sin importar cuánto tiempo se tarde en rastrear a un hombre.

Doy media vuelta, dejando a Paolo a cargo de coordinar el desalojo y la limpieza. Quiero el nombre de mi enemigo, y muy pronto él sabrá el mío. Ahora me toca darles la triste noticia a los Barone. No soporto la presencia del viejo y seboso Vittorio y toda esa cháchara barata sobre la importancia de los suyos en la organización —solo era el primo de Vincenzo, por eso lo he aguantado tantos años—, pero ahora, con la muerte de Carla, voy a ordenarle que no salga de Italia, y sé que la cosa se pondrá fea.